

casa, vino acompañado de algunos amigos.

—¿Porqué huir? dijo Montefiore al escuchar la voz de su amigo. Porque yo os decia la verdad. ¡Diard, Diard! gritó con voz penetrante.

Pero á una órden de su amo, deseoso de que todo llevara en su casa el sello del asesinato, el aprendiz cerró la puerta y los soldados tuvieron que derribarla. Antes de que entraran, la Marana pudo asestar una puñalada al culpable; pero su cólera reconcentrada la impidió el golpe, y la hoja se deslizó por la charretera de Montefiore. Le dió, sin embargo, con tanta fuerza, que el italiano fué á parar á los piés de Juana, la cual no se apercibió de ello. La Marana saltó á él, y esta vez, para no errar el golpe, le agarró por el cuello, le sujetó con puño férreo y le apuntó al corazon.

—¡Yo soy libre y la amo! lo juro por Dios, por mi madre, por todo lo que hay de más sagrado en este mundo; soy soltero, me caso bajo palabra de honor!

Y al mismo tiempo mordía el brazo de la cortesana.

—Vamos, madre mia, dijo Juana, matadle. Es muy cobarde y no le quiero para marido, aunque fuese diez veces más hermoso.

—¡Ah, reconozco á mi hija! gritó la madre.

—¿Qué sucede aquí? preguntó el Jefe de cuartel llegando.

—Sucede, exclamó Montefiore, que me asesinan por causa de esta jóven que pretende que soy su amante, que me ha tendido un lazo, y que se me obliga á desposarme contra mi voluntad....

—¿Tú no quieres? dijo Diard, impresionado por la sublime belleza con que la indignacion, el desprecio y el ódio realizaban la natural de Juana; tú eres muy descontentadizo. Si es que la hace falta un marido, aquí estoy yo. Envainad los puñales.

La Marana cogió al italiano, le levantó, le llevó hácia el lecho de su hija, y le dijo al oido: « Te perdono, gracias á tu última frase; pero, acuérdate. Si tu lengua mancha algun dia á mi hija, nos volveremos á ver.»

—¿Como cuánto será el dote de la chica? preguntó dirigiéndose á Perez.

—Tendrá unas doscientas mil piastras fuertes....

—Aun habrá mas, caballero, dijo la cortesana á Diard. ¿Quién sois vos? Y volviéndose hácia Montefiore le dijo: Podeis marcharos.

Al oir hablar de doscientas mil piastras fuertes se adelantó el Marqués diciendo:

—Yo soy completamente libre...

Una mirada de Juana le atajó la palabra.

— Vos sois completamente libre de mar-
charos, le dijo ella.

Y el italiano salió.

— ¡Ah, caballero! continuó la joven diri-
giéndose á Diard; yo agradezco llena de
admiracion vuestro acto; pero mi esposo
está en el cielo; es Jesus. Mañana entraré
en el monasterio de...

— ¡Juana, Juana mia! cállate, exclamó
la madre estrechándola entre sus brazos.
Despues le dijo al oido: «Tú necesitas otro
esposo.»

Juana palideció.

— ¿Quién sois vos, caballero? prosiguió,
mirando al provenzal.

— Yo aún no soy más que jefe de cuar-
tel del 6.º de linea. Pero por una mujer se-
mejante se sienten ganas de ser mariscal
de Francia. Yo me llamo Pedro Francisco
Diard. Mi padre era el decano de los co-
merciantes; yo soy por lo tanto un...

— ¡Ea! vos sois un hombre honrado,
¿no es cierto? exclamó la Marana. Pues
bien, si sois del gusto de la señorita Jua-
na de Mancini, podeis ser felices uno y
otro.

— Juana, continuó con grave entona-
cion, al casarte con un digno y excelente
hombre, piensa que serás madre algun dia.
Yo he jurado que tú podrás besar la frente
de tus hijos sin avergonzarte... (aquí se al-

teró ligeramente su voz), yo he jurado que
serás una mujer virtuosa; prepárate, por
lo tanto, á sufrir; pero suceda lo que su-
ceda, permanece siempre pura, guarda
omnimoda fidelidad á tu marido; sacri-
ficaselo todo, porque será el padre de
tus hijos... ¡Un padre para tus hijos!...
¡Bah! Entre tí y un amante se interpondrá
siempre tu madre, que no lo pienso ser
más que en los peligros... ¿Ves el puñal de
Perez?.. Forma parte de tu dote, dijo to-
nando el arma y arrojándola sobre el le-
cho de Juana; yo le dejo ahí como garan-
tia de tu honra, mientras tenga yo abier-
tos los ojos y librés los brazos. Adios, dijo
conteniendo apenas el llanto; quiera el
cielo que no nos volvamos á ver. Y al de-
pulo corrieron abundantes sus lágrimas.

— ¡Pobre niña! ¡Tú has sido en esta celda
más feliz de lo que te imaginas! A vos toca
que no la eche de menos jamás, dijo mi-
rando á su futuro yerno.

Este asunto de mera introduccion no es
relato principal de esta historia, para
ya comprension se necesitaba explicar,
de todo, por qué el capitan Diard casó con
Juana de Mancini; cómo se conocieron
Antefiore y Diard, y qué sangre, qué pa-
siones animaban á la señora Diard.
Mientras que el jefe de cuartel llenaba
múltiples y lentas formalidades que

un militar francés necesita para casarse, se había ido enamorando locamente de Juana de Mancini, y esta había tenido tiempo de pensar en sus destinos futuros. ¡Terrible destino! Juana, que ni estimaba ni quería á Diard, hallábase, no obstante, unida á él por una palabra, imprudente á la verdad, pero necesaria. El provenzal no era guapo ni buen mozo. Sus modales, desprovistos de distincion, se resentian de mal gusto del ejército, de provincialismo y de escasa educacion. ¿Podia, pues, amar á Diard una jóven toda gracia, toda elegancia, impulsada por el irresistible instinto del buen gusto, y cuyo temperamento la arrastraba hácia la esfera de las elevadas clases de la sociedad? En cuanto á la estimacion, precisamente porque Diard tomaba por esposa era por lo que le repugnaba. Y nada más natural que semejante repulsion. Es la mujer una santa y hermosa criatura, casi siempre mal comprendida por lo tanto mal juzgada casi siempre. Juana hubiese amado á Diard, le habría tambien estimado.

El amor crea en la mujer una nueva; al dia siguiente no existe la misma de la víspera. Al vestir la túnica nupcial una pasion que ha de durar toda la vida viste una túnica blanca é inmaculada. Haciendo virtuosa y púdica, no hay

pasado para ella; es todo porvenir, y debe olvidarlo todo para volver á aprenderlo todo. En este sentido, nada más lleno de verdad que el célebre verso corneliano que un poeta moderno ha puesto en los labios de Marion Delorme.

Y el amor me ha dado nueva virginidad.

¿No parece este verso reminiscencia de alguna tragedia de Corneille, al ver que revive en él la manera sustancialmente enérgica del padre de nuestro teatro? Sin embargo, el poeta se ha visto obligado á sacrificarle en aras del carácter esencialmente zarzuelero del patio.

Ahora bien, Juana sin amor, era la Juana engañada, humillada, degradada. Ella comprendia esta diferencia con toda la escrupulosa sencillez propia de la edad juvenil; sutileza aparente, pero de una verdad sagrada, legal segun el corazon, y que las mujeres aplican instintivamente á todos sus sentimientos, áun los más esponáneos. Juana se vió devorada por profunda tristeza al considerar lo largo de la vida. A menudo volvia los ojos llenos de lágrimas soberbiamente contenidas, ya á Pez, ya á Doña Lagounia, los cuales adivinaban la amargura expresada por estas lágrimas, pero se callaban. ¿Para qué serian los reproches? ¿Para qué los consue-

los? Cuanto más vivos son, más agrandan la desdicha.

Una noche Juana, aturdida por el dolor, oyó á través de la mampara de la puerta de su cuarto, que ambos esposos suponían cerrada, cómo se lamentaba su madre adoptiva.

— Esta pobre niña se va á morir de pena.

— Sí, replicó Perez conmovido; pero no podemos evitarlo. ¿He de ir yo ahora á ponderar al Conde de Arcos, con quien pensaba casarla, la casta hermosura de mi pupila?

— Una falta no puede llamarse vicio, dijo la vieja, indulgente como puede serlo un ángel.

— Su madre la ha entregado ya.

— Es verdad, pero fué en un momento y sin consultar con ella, contestó Doña Lagounia.

— Bien sabía lo que se hacía.

— ¡A qué manos va á parar nuestra perla!

— No prosigas, ó tramo camorra con ese... Diard.

— Esto sería una nueva desgracia.

Al oír tan terribles palabras comprendió Juana la dicha que su falta le había arrebatado. Las horas puras y cándidas de su suave reclusión podrían haber sido reco-

pensadas por una brillante y espléndida existencia cuyas delicias había fantaseado tanto, ocasionándola la perdición. ¡Caer de lo alto de la grandeza de España hasta el señor Diard! Juana lloró, y casi se volvió loca. Estuvo indecisa algunos instantes entre el vicio y la religión. El vicio era un pronto desenlace; la religión suponía una vida entera de sufrimientos. La meditación fué solemne y tempestuosa. El día siguiente era el día fatal del casamiento. Juana podía aún permanecer siendo Juana. Libre, sabía toda la extensión de su desgracia; casada, la ignoraba. Al fin triunfó la religión.

Doña Lagounia acudió cerca de su hija á rezar y velarla con tanta piedad como si se tratase de una moribunda.

— Dios lo quiere, dijo á Juana.

La naturaleza da alternativamente á la mujer una fuerza especial que la ayuda á sufrir, y una debilidad que la aconseja la resignación. Juana se resignó sin segunda intención. Quiso obedecer la voluntad de su madre, y atravesar el desierto de la vida para llegar al cielo, segura de no encontrar flores en su penoso viaje. Se casó con Diard. En cuanto á este, si no halló gracia á los ojos de Juana, ¿quién dejará de absolverle? Amaba locamente.

La Marana, tan hábil por naturaleza para presentir el amor, había reconocido

en él el lenguaje de la pasión, y adivinado el carácter brusco, las tendencias generosas propias de los meridionales. En el paroxismo de su inmensa cólera no se apercibió más que de las buenas condiciones de Diard, y creyó haber visto lo bastante para que quedase para siempre asegurado el porvenir de su hija.

Los primeros días de matrimonio fueron dichosos, al menos en apariencia. Para mejor expresar uno de esos hechos latentes, cuyas miserias sepultan las mujeres en el fondo de su alma, diremos que Juana no quiso destronar la dicha de su marido. Doble papel, de tremendo desempeño, y que tarde ó temprano representan la mayor parte de las mujeres casadas á disgusto. De tal vida, los hombres no pueden contar más que los hechos; toca solamente á los corazones femeninos adivinar los sentimientos. ¿No es verdad que es una historia imposible de describirse en toda su verdad? Juana luchando incesantemente contra su naturaleza española é italiana á la vez; agotado ya el manantial de sus lágrimas, á fuerza de llorar á solas, era una de esas criaturas típicas, destinadas á representar la desgracia femenina en su más lata expresión; dolor incesantemente activo, cuya pintura exigiría observaciones tan minuciosas que llegaría á resultar insípido

para las personas ávidas de emociones. Este análisis, en el que cada esposa hallaría alguno de sus propios sufrimientos, necesitaría un libro entero para abarcarlos todos. Libro desagradable de suyo, y cuyo mérito estribaría en tintas finas y delicados matices, flojos y difusos para los críticos. Además, ¿quién sería capaz de abor- dar, sin llevar otro corazón dentro del corazón, estas conmovedoras y profundas elegías que ciertas mujeres llevan consigo á la tumba; melancolías no comprendidas, ni aun por aquellos que las motivan; suspiros desatendidos; sacrificios sin recompensas, terrestres al menos; magníficos silencios desconocidos; venganzas desdeñadas; perpétuas é inútiles generosidades; placeres deseados y fallidos; caridades de ángel misteriosamente practicadas; en fin, todas sus religiones y su inextinguible amor? Juana conoció esta vida, porque el destino no le perdonó nada. Ella fué toda la mujer, pero la mujer desgraciada y sufriente; la mujer sin cesar ofendida, y siempre perdonando; la mujer pura como un diamante sin mancha; ella que tenía de este diamante la hermosura y el brillo, y en este brillo y en esta hermosura una venganza siempre dispuesta. No era joven capaz de tener miedo al puñal añadido á su dote.

Aparte de todo esto, Diard supo por-

tarse como un caballero, animado como estaba de un verdadero amor, de una de esas pasiones que cambian súbitamente los peores caracteres y ponen de relieve todo lo que hay de bello en un alma. Obligó á Montefiore á abandonar el regimiento, y hasta el cuerpo de ejército, á fin de que su mujer no le viera durante el poco tiempo que habia de permanecer en España. Después el jefe de cuartel pidió permuta, y logró pasar á la Guardia Imperial. Quería á toda costa conquistar un título, honores y consideracion correspondientes á su gran fortuna. Con este motivo se portó como un valiente en una de las más sangrientas batallas que los franceses dieron en Alemania; pero recibió tan fatal herida que no pudo continuar en el servicio activo. Expuesto á perder una pierna, obtuvo su retiro sin título de baron y sin las recompensas que habia ambicionado y que acaso hubiera alcanzado otro que no fuese Diard. Este percance, su herida y sus esperanzas fallidas, contribuyeron á cambiarle el carácter. Su energía provenzal, un momento exaltada, desapareció pronto. No obstante, le sostuvo su esposa, á quien tales esfuerzos, tal valor y tal ambicion hicieron formar buen concepto de su marido, y que más que otra alguna debia mostrar lo que son las mujeres, tiernas y consola-

doras en las desgracias de la vida. Animado por algunas palabras de Juana, el comandante retirado fue á París, resuelto á alcanzar en la carrera administrativa una elevada posicion respetable, que hiciera olvidar al jefe de cuartel del 6.º de línea y diera un dia á la señora Diard un título bonito. Su pasion por esta seductora criatura le hacia adivinar sus más secretos deseos. Juana callaba, pero él la comprendia; no era amado como sueña serlo un amante; lo sabia, y pretendia hacerse estimar, querer. Este hombre desgraciado presentia la felicidad viendo á su esposa en todas ocasiones dulce y paciente; dulzura y paciencia, empero, que delataban la resignacion á la que debia Juana. Mas, ¿la resignacion y la religion son amor? Frecuentemente hubiera deseado Diard alguna negativa; muchas veces hubiera dado su salvacion porque Juana se dignase llorar sobre su seno, sin disimular sus pensamientos con un rostro risueño que mentia noblemente. Muchos jóvenes (porque á cierta edad no se lucha) quieren triunfar de una suerte adversa, cuyos nubarrones truenan de cuando en cuando en el horizonte de su existencia, y, en el momento en que ruedan á los abismos de la desventura, debemos agradecerles estos combates ignorados.

A semejanza de muchas personas, Diard

lo intentó todo, y todo le salió mal. Su fortuna le permitió rodear á su mujer de los goces del lujo parisien, y tuvo un palacio con vastos salones; una de esas grandes casas donde abundan los artistas, pocos censores por naturaleza, algunos intrigantes que hacen bulto, personas dispuestas á divertirse en todas partes, y algunos hombres á la moda, todos enamorados de Juana. El que se pone en evidencia en París tiene que dominar á París ó aguantar á París. Diard no estaba dotado de un carácter bastante fuerte, bastante compacto, bastante pertinaz para imponerse á las gentes de su tiempo, porque en su tiempo todo el mundo queria distinguirse. Las clasificaciones sociales, hechas de antemano, pueden ser un bien hasta para el pueblo. Napoleon nos ha confesado el trabajo que le costó hacerse respetar de su córte, muchos de cuyos individuos habian sido sus iguales. Pero Napoleon era corso, y Diard provenzal. En igualdad de genio, un insular será siempre más completo que el fiambre de la tierra firme, y aunque en la misma latitud, el brazo de mar que separa la Córcega de la Provenza es, á despecho de la ciencia humana, todo un océano que separa dos patrias.

Su falsa posicion, que él falseó más aún le acarreó á Diard grandes desgracias

Acaso se encierran útiles enseñanzas en la filiacion imperceptible de los hechos originarios del desenlace de esta historia. Por de pronto los burlones de París no veian sin sonreirse maliciosamente los cuadros con que el antiguo jefe de cuartel decoró su palacio. Las obras maestras compradas la vispera, se vieron envueltas en el mudo reproche que cada cual lanzó á las obras cogidas en España, y este reproche era la venganza de aquellos á quienes la fortuna de Diard heria el amor propio. Juana comprendió algunas de esas frases de doble sentido en las que el francés no reconoce rival. Entonces, y aconsejado por ella, devolvió los cuadros á Tarragona. Pero el público empeñado en desvirtuar las cosas, se dijo: « Es listo Diard, ahora ha vendido sus cuadros. » Algunas buenas almas siguieron creyendo que no habian sido bien adquiridos los lienzos que quedaron en los salones. Várias mujeres, envidiosas, preguntaban cómo *un Diard* habia podido casarse con una jóven tan rica y tan hermosa. De aquí los comentarios, las infinitas burlas que París sabe hacer. Sin embargo, Juana era respetada universalmente por su vida pura y religiosa, que triunfaba de todo, hasta de la calumnia parisien; pero este respeto se concretaba á ella sola, y le faltaba á su marido. Su perspicacia femenina,

y su brillante mirada al extenderse por los salones no la causaban más que penas.

Nada más natural que este menosprecio. Los militares, á pesar de las virtudes que la imaginación les concede, no perdonaron al antiguo jefe de cuartel del 6.^o de línea, precisamente porque era rico y quería figurar en París. Ahora bien, en París, desde la última casa del barrio de San German hasta el último palacio de la calle de San Lázaro, entre el cerrillo del Luxemburgo y el de Montmartre, todo lo que se viste y charla, se viste para salir y sale para charlar; toda esta sociedad de pequeños y grandes tonos, esta sociedad vestida de impertinencia y forrada de humildes aspiraciones, de envidia, de cortesía; todo lo que es dorado y desdorado, jóven y viejo, noble de ayer ó noble desde el siglo iv; todo lo que se burla de un improvisado, todo lo que teme comprometerse, todo lo que quiere destruir un poder, reservándose adorarle si se resiste, todas esas orejas oyen, todas esas lenguas dicen, todas esas inteligencias saben, en un solo sarao, dónde ha nacido ó crecido, lo que ha hecho y lo que no ha hecho el recién venido que aspira á los honores en esa sociedad. No hay córte de casación para el alto mundo, pero en cambio tiene el más cruel de todos los procuradores generales,

un sér moral, impalpable, á la vez juez y verdugo; él acusa y él estigmatiza. No esperéis ocultarle nada; contádselo vos mismo, porque quiere saberlo todo, y lo sabe todo. No preguntéis dónde está el telégrafo desconocido que le trasmite á la misma hora, en un abrir y cerrar de ojos, en todas partes, un escándalo, una historia, una noticia; no preguntéis quién le hace funcionar. Este telégrafo es un misterio social, el observador no puede hacer más que constatar sus efectos. Se podrían citar increíbles ejemplos, mas basta uno solo. El asesinato del Duque de Berry, herido en el teatro de la Ópera, fué contado á los diez minutos de cometido el crimen en el interior de la isla de San Luis. El concepto formado por el 6.^o de línea sobre Diard, se filtró en sociedad la noche misma en que éste dió su primer baile.

Diard no tenia ya influencia sobre tal sociedad. Desde entonces sólo su mujer pudo hacer algo por él. ¡Prodigio de esta extraña civilización! En París, si un hombre no sabe ser él, su mujer, si es jóven é ingeniosa, le proporciona buenas ocasiones para elevarse. Entre las mujeres las ha habido enfermas, de apariencia débil, que sin alzarse del sofá, sin salir de su habitación, han dominado la sociedad, tocado mil resortes y colocado á sus maridos don-

de ellas pretendian colocarse llenas de vanidad. Pero Juana, cuya infancia habia trascurrido sencillamente en la celda de Tarragona, sin conocimiento alguno de los vicios, de las villanías y de los recursos del mundo parisien, le miraba con la curiosidad de una niña, sin aprender más que lo que su dolor y su arrogancia herida le enseñaban. Ademas, Juana tenia la sensibilidad de un corazon virgen que recibe de antemano las impresiones como las sensitivas. La solitaria jóven, convertida tan prematuramente en mujer, comprendió que si trataba de obligar al mundo á honrar á su marido, seria tanto como mendigar á la española, con la escopeta á la cara. A más que la frecuencia y multiplicidad de precauciones que habria de tomar, indicaban toda su necesidad. Entre no hacerse respetar y hacerse respetar demasiado, mediaba un abismo para Diard. Pronto adivinó el mundo como ántes habia adivinado la vida, sin ver para ello otra cosa que la extension inmensa de su infortunio irreparable. Tuvo tambien el disgusto de reconocer tarde la incapacidad de su marido, el hombre menos á propósito para perseverar en una idea. No comprendiendo nada del papel que habia de hacer en el mundo, no abarcaba ni el conjunto, ni los detalles, y los detalles lo constituian todo.

Hallábase en una de esas situaciones en que la maña puede suplir á la fuerza. La maña, que todo lo alcanza, es acaso la más grande de todas las fuerzas.

En vez, pues, de restañar la mancha de aceite hecha con sus antecedentes, Diard hizo cuanto pudo por agrandarla. No sabiendo estudiar la fase del Imperio, el momento histórico en que vivia, quiso que le nombraran gobernador, aunque no era más que comandante. En aquella época casi todo el mundo tenia confianza en el genio de Napoleon; todo lo habia engrandecido su favor. Los gobiernos de provincia, esos pequeños imperios, no podian ser desemeñados más que por hombres importantes, por chambelanes de S. M. el Emperador y Rey. Los gobernadores eran unos visires. Por lo tanto, los encumbradores del gran hombre se burlaron de la ambicion manifestada por el comandante, y Diard se puso á solicitar un sub-gobierno. Habia ridícula desigualdad entre la modestia de sus pretensiones y lo grande de su fortuna. Abrir salones reales, ostentar un lujo insolente para abandonar despues la vida millonaria é irse á Issoudun ó á Sa-venay, ¿no era colocarse por debajo de su posicion? Juana, que llegó tarde á conocer nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestras prácticas administrativas, no pudo

aconsejar oportunamente á su marido. Diard, en el colmo de la desesperacion, solicitó sucesivamente de todos los ministerios; Diard, rechazado en todas partes, no pudo ser nada, y entonces el mundo le calificó como le habia calificado el Gobierno, y como él mismo se calificaba. Diard habia sido herido gravemente en el campo de batalla y no habia sido condecorado. El jefe de cuartel rico, pero sin gozar de consideracion, no halló un cargo del Estado; la sociedad le rehusó lógicamente el puesto á que aspiraba en la sociedad. A mayor abundamiento, estaba condenado este infeliz á sufrir en casa, y en todas ocasiones, la superioridad de su mujer. Aunque ella desplegó un tacto que llamaríamos aterciopelado, si es que el epíteto no peca de atrevido, para disfrazar á los ojos de su esposo esta superioridad que á ella misma le extrañaba, y por la que se creia humillada, Diard concluyó por sentirse herido. Cuando esto sucede, los hombres se abaten, se crecen ó se vuelven malos. El valor ó la pasion de este hombre debian aminorarse con los reiterados golpes que sus faltas daban á su amor propio, y él cometia falta sobre falta. Veíase obligado, en vista de esto, á combatir hasta sus hábitos y su carácter. Ardiente provenzal, franco en sus defectos como en sus buenas cualidades,

este hombre, cuyas fibras parecian cuerdas de arpa, era todo corazon para con sus amigos antiguos. Socorrió á muchos desarrapados lo mismo que á menesterosos de alto rango; admitió á toda clase de gentes, y en su salon dorado dió la mano á todo el mundo. Viendo esto, el general del Imperio, variante de la especie humana cuyo tipo desaparecerá pronto, no quiso intimar con Diard, y le trataba con llaneza. Puesto que los generales disfrazaron su insolencia bajo una hombría de bien del todo soldadesca, las pocas personas de buen trato que Diard veia le manifestaron ese desprecio elegante, civil, contra el que siempre se encuentra desarmado un advenedizo. Finalmente, el aire, la gesticulacion semitaliana, la conversacion de Diard, su modo de vestirse, todo le enajenaba esa consideracion que las gentes vulgares obtienen cumpliendo todas las exigencias del buen gusto, y de cuyo yugo no pueden librarse más que las grandes potencias. Así es el mundo.

Apenas bastan estos detalles para pintar los mil suplicios que atormentaron á Juana; todos llegaron uno á uno; cada naturaleza social la dió su alfilerazo; y para un alma que prefiere las puñaladas, ¿no estaba llena de sufrimientos una lucha en que Diard recibia las afrentas sin sentir las,

y en que Juana las sentía sin recibirlas? Así es que llegó el momento, momento espantoso, en que tuvo una clara percepción de la sociedad, y sintió de una vez todos los dolores que de antemano se habían concentrado para hacerla sufrir. Comprendió que su marido era incapaz de subir los altos peldaños del orden social, y advinó hasta donde podía bajar el día en que le faltara el valor. Razon por la cual Juana sintió compasión por Diard. El porvenir se presentaba sombrío para la joven. Vivía siempre presintiendo una desgracia, sin saber de donde había de venir esta desgracia. Estaba tal presentimiento en su alma como está la epidemia en la atmósfera; pero Juana sabía esforzarse para ocultar con sonrisas sus angustias. Había concluido por no pensar más en sí. Se servía de su influencia para hacer abdicar á Diard de todas sus pretensiones y mostrarle como refugio la vida dulce y benéfica del hogar doméstico. Puesto que los males procedían del mundo, ¿no era preciso alejar el mundo? En su casa podía Diard encontrar la paz, el respeto; reinaría allí. Ella se sentía con fuerzas para aceptar la ruda misión de hacerle feliz, á él que estaba descontento de sí mismo. Las dificultades de la vida aumentaron su energía, tuvo todo el heroísmo secreto y necesario para esta situa-

cion, sintiéndose inspirada por los anhelos religiosos que sostienen al ángel de la guarda, protector de un alma cristiana: supersticiosa poesía, alegóricas imágenes de nuestras dos naturalezas.

Diard abandonó sus proyectos, cerró su casa y vivió en su interior. Allí estaba el escollo. El pobre militar tenía un alma de esas completamente excéntricas que necesitan de un perpétuo movimiento. Diard era uno de esos hombres instintivamente obligados á volver á marcharse apenas llegados, cuyo fin de la vida parece ser el de ir y venir incesantemente, como las ruedas de que hablan las Escrituras. Sin cansarse de Juana, sin motivo para acusarla, su pasión por ella, calmada ya por la posesión, le hizo volver á su carácter. Sus momentos de postración fueron más frecuentes, y se entregó desde entonces con más frecuencia á sus vivacidades meridionales. Cuanto más virtuosa y más irreprochable es una mujer, más desea el hombre sorprenderla en falta, tan sólo por demostrar su superioridad legal; pero si la casualidad hace que ella sea por completo la que domina, el hombre siente el deseo de lamentarse injustamente. En tal caso, y entre esposos, de nada se hace una montaña. Pero Juana, que era sufrida sin orgullo, condescendiente sin esa amargura

con que las mujeres acentúan su sumision, no daba pretexto alguno á la maldad calculada, la más acerba de las maldades. Era además una de esas nobles criaturas á las que no se puede faltar: su mirada llena de vida, santa y pura, su mirada de mártir tenia la gravedad de la fascinacion. A Diard, contrariado primero, y aplastado luego, concluyó por parecerle yugo insupportable la gran virtud de su mujer. Quería emociones violentas, y no se las producía su prudente mujer. A veces se representan en el fondo del alma infinidad de escenas motivadas por los resultados de una existencia aparentemente sencilla y vulgar. Entre estos dramas pequeños de tan escasa duracion y que tanto impresionan, siendo casi siempre presagios de un gran infortunio reservado por el destino á la mayor parte de los matrimonios, es difícil escoger un ejemplo adecuado á esta situacion. Sin embargo de ello, hay una escena que sirve particularmente para indicar el momento en que comenzó la desavenencia entre ambos. Acaso contribuya á explicar el desenlace de esta historia.

Juana tenía dos niños, y felizmente para ella, ambos eran varones. El primero nació á los siete meses de matrimonio. Se llamaba Juan y se parecia á su madre. El segundo le tuvo dos años despues de su

llegada á París. Se parecia éste tanto á Juana como á Diard, aunque más á este, y le pusieron los nombres de su padre. Hacía cinco años que Francisco era el objeto de toda la ternura de Juana. Constantemente se ocupaba la madre de este hijo: para él eran las caricias más mimosas, para él los juguetes; para él, sobre todo, las penetrantes miradas de la madre; Juana le habia vigilado desde la cuna, estudiado sus gritos, sus movimientos; habia querido adivinar su carácter para dirigir su educacion. Parecia que Juana no habia tenido más que este hijo. El provenzal viendo casi desdeñado á Juan le tomó bajo su proteccion; y sin preguntarse si este niño era fruto del amor efímero al que debia á Juana, este marido, por una especie de lisonja admirable, hizo de la criatura su Benjamin. De todos los sentimientos heredados con la sangre de sus abuelas y que la devoraban, no aceptó la señora de Diard más que el amor maternal. Quería á sus hijos con la sublime violencia de que nos ha dado ejemplo la Marana en el preámbulo de esta historia, y con el pudor gracioso, con la discrecion delicada de las virtudes sociales cuya práctica constituian la gloria de su vida y su última recompensa. El pensamiento secreto, la maternidad concienzuda que habian impreso á la vida de la

Marana un sello de ruda poesia, eran e Juana una vida consagrada al perpétuo consuelo. Su madre habia sido virtuosa como las demás mujeres son criminales, oculta-mente: habia robado su dicha tácita: no habia gozado de ella. Pero Juana, á quien hiciera desgraciada la virtud como su madre lo habia sido por el vicio, disfrutaba todas horas las inefables delicias tan ansiadas por su madre, á la que nunca le fueron concedidas. Para ella, como para Marana, la maternidad resumió todos los sentimientos terrestres; una y otra, aunque por causas contrarias, no tuvieron otro consuelo en su desdicha. Juana amaba a su madre más, porque nutrida de amor, compartió los goces que la faltaban con los de sus hijos, pasando con algunas nobles pasiones lo que pasa con los vicios, que más aumentan cuanto más se satisfacen. La madre y el jugador son insaciables. Cuando Juana vió el generoso perdon cada dia impuesto sobre la cabeza de Juan por el afecto pèternal de Diard, se conmovió; desde el dia en que ambos esposos trocaron los papeles, la española sintió por Diard ese interés profundo y verdadero del que tantas pruebas le diera solamente por deber. Si este hombre hubiera sido más consecuente en su vida, si no hubiera inutilizado con la desigualdad, inconstancia

movilidad de su carácter los rasgos de una sensibilidad positiva, aunque nerviosa, Juana habria llegado á amarle. Desgraciadamente era el tipo de esos meridionales ingeniosos, pero inconsecuentes; capaces hoy de grandes empresas, y nulos mañana; víctimas á menudo de sus virtudes, y á menudo felices por sus malas pasiones: hombres por otra parte admirables, cuando en sus buenas cualidades sobresale la energía que las unifica. Hacía dos años que Diard estaba en casa esclavizado por la más suave de las cadenas. Vivía, casi á pesar suyo, bajo la influencia de una mujer que se volvía divertida, alegre, sólo por él; que ponía en juego todos los resortes femeninos para seducirle en nombre de la virtud, pero sin que llegara su maña hasta fingirle amor.

En este tiempo se ocupaba todo París del caso de un capitán del antiguo ejército que, en un paroxismo de libertinaje, habia asesinado á una mujer. Diard al volver á casa á comer, notició á Juana la muerte del oficial, que se habia suicidado para evitar la deshonor de su proceso y la muerte infamante del patíbulo. Juana no comprendió al pronto la lógica de semejante conducta, y su marido tuvo que explicarla la hermosa jurisprudencia de las leyes francesas, que prohiben perseguir los muertos.